

## BREVE HISTORIA DE UN PROYECTO

JUAN CHAPA

Hace ya algunos años aparecieron en España ediciones de la Biblia con curiosos apellidos: la Biblia laica, la Biblia cultural, la Biblia posmoderna. Ante tales novedades se ha dicho con razón que la Biblia debe ser la Biblia, sin adjetivos. La Biblia debe mantener siempre su propia identidad, sin calificativos que la adulteren. Ahora bien, aunque las Biblias laicas, culturales o posmodernas, si no imposibles, son cuanto menos Biblias secularizadas, una «Sagrada Biblia», con el adjetivo por delante, no sólo no desvirtúa su naturaleza —pues sigue respetando lo que es, Palabra de Dios—, sino que de alguna manera revela la disposición que quiere adoptar ante ella quien así la califica. El que se le denomine «sagrada» significa que el acercamiento a ese texto se hace con respeto y veneración, con asombro y temor, descalzándose el alma, como Moisés ante la zarza del Sinaí.

Ésa fue la actitud que mostró hacia la Sagrada Escritura san Josemaría Escrivá, el impulsor de esta iniciativa que ahora ha llegado a su fin y se presenta ante ustedes. El fundador del Opus Dei manifestó siempre una gran reverencia y amor hacia el texto bíblico. Su más íntimo colaborador durante más de cuarenta años, el Siervo de Dios Álvaro del Portillo, describía así su actitud: «[El Fundador del Opus Dei] dio pruebas constantes de un respeto extraordinario hacia la Sagrada Escritura que, junto con la Tradición de la Iglesia, era la fuente de la que se nutría ininterrumpidamente para su oración personal y para su predicación»<sup>1</sup>.

Respeto hacia el texto sagrado, amor a la Palabra de Dios, alimento de la vida espiritual. Éstos eran los rasgos que definían la actitud del Gran Canciller de la Universidad de Navarra hacia la Biblia, y lo que le llevaron a promover esta edición<sup>2</sup>.

1. Á. DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, Rialp, Madrid 1993, 147-148.

2. FACULTAD DE TEOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA, *Sagrada Biblia* (5 volúmenes), EUNSA, Pamplona 1997-2004.

En numerosas ocasiones explicó que la universidad es una institución que debe tener en último término una función de asistencia a toda la sociedad, a la que se ordena la misma preparación de investigadores y de personas dedicadas a la alta docencia. De esta función de servicio no eximía a la Facultad de Teología. Explicaba que a este centro académico, y en concreto dentro de él al Departamento de Sagrada Escritura, le corresponde no sólo profundizar en los estudios bíblicos, preparar profesores y publicar trabajos de altura científica, sino también contribuir a que aumente la piedad y cultura religiosa de los fieles cristianos.

Así pues, en 1971, la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra recibió el encargo de su Gran Canciller de preparar una edición de la Sagrada Biblia que, realizada con la competencia que debe distinguir a una facultad universitaria, contribuyera a fortalecer la formación doctrinal y la piedad del mayor número de personas. La edición, que debía incluir también el texto latino oficial de la Iglesia como referente de piedad multisecular —la Vulgata hasta 1979 y la Neovulgata desde entonces—, había de caracterizarse por sus abundantes notas, sobre todo de tipo espiritual. Deseaba san Josemaría que con los comentarios se procurara asegurar especialmente lo que en aquellos años posteriores al Concilio Vaticano II se negaba o se ponía en duda, pero sin citar nombres y evitando controversias. Se trataba de hacer una labor positiva de afirmación, aclarando y consolidando el texto, con notas que fueran sencillas, prácticas y asequibles a todos. Quería contribuir así a una mayor difusión de la lectura de la Biblia, facilitar al máximo su conocimiento y meditación.

Él no llegó a ver en esta tierra ningún volumen publicado. Tan sólo sostuvo en sus manos el manuscrito del Evangelio según san Mateo que iría a la imprenta pocos meses después de su fallecimiento y que apareció publicado en 1976. Era el primero de los doce tomos del Nuevo Testamento con que se inició el proyecto. Desde entonces, con el aliento y estímulo de Mons. Álvaro del Portillo y Mons. Javier Echevarría, sucesores de san Josemaría al frente de la Universidad, se fueron publicando los otros volúmenes. Primero y hasta 1989 los de la Nueva Alianza. A continuación, desde 1997 hasta 2002, los del Antiguo Testamento en cuatro tomos, que quisimos completar con un quinto dedicado al Nuevo, que sintetizara y actualizara la edición anterior en doce volúmenes. Nos parecía que se lograba así un conjunto más homogéneo, que es el que ahora presentamos.

Al referirme a este proyecto no puedo dejar de mencionar al Prof. Don José María Casciaro. Él debía haber sido quien les estuviera hablando a ustedes desde aquí. Él fue el primer decano y primer director del Departamento de Escritura de la Facultad de Teología. Él asumió con gran entusiasmo y fidelidad el encargo de poner en marcha el proyecto y dirigirlo durante su larga andadura. Él fue el alma incansable que en estos treinta años impulsó ese trabajo y no cejó

en el empeño por formar a su alrededor el equipo de colaboradores que llevaran a cabo la tarea asignada. Pero el Señor, como a Moisés, le pidió estar al frente del proyecto y no verlo hecho una completa realidad. Cuando corregía las últimas pruebas del quinto y último volumen fue llamado a la patria definitiva. Este acto quiere ser en buena medida un homenaje a quien algunos tanto debemos y sin el que esta empresa no hubiera podido llegar a su fin.

Hasta aquí la génesis del proyecto. Ahora permítanme que les describa sintéticamente cuáles son sus rasgos más relevantes.

Esta edición de la Sagrada Biblia se caracteriza en primer lugar por una nueva traducción realizada a partir de los textos originales hebreos, arameos y griegos, que trata de ser fiel al texto que traduce, respetando su propio genio y estilo, pero sin forzar la lengua a la que se traduce. Es decir, no es una traducción dinámica, sino semántico-funcional. Quiere responder al lenguaje de hoy, para que pueda ser leída con facilidad, pero procura mantener en la medida de lo posible la terminología y fraseología del lenguaje tradicional cristiano en castellano, de forma que la rica herencia lexical que ha forjado la cultura católica durante siglos no quede relegada al olvido. ¿Por qué no traducir Jn 14, 2 «en la casa de mi Padre hay muchas moradas», cuando la Santa de Ávila utilizó precisamente el término «moradas» para designar a las estancias celestiales? Toda traducción bíblica es en cierto sentido un proyecto humanístico. Tiene que hacer justicia al pasado, a la tradición, porque el sentido de la Biblia que recibimos ha sido configurado por la tradición; además, la Biblia misma ha configurado esa tradición. Pero tiene que ser actual, porque desde la actualidad miramos hacia el futuro. En ese sentido, toda traducción bíblica tiene que respetar, e incluso poner de manifiesto, lo que ha sedimentado, al tiempo que tiene que ser capaz de expresar la razón de novedad, de actualidad del texto bíblico. Y al final, la traducción no deja de ser un arte, y el arte, ya lo dijo Tolstoi, no deja de ser cuestión de un poquito más o un poquito menos. Les toca decir a ustedes si hemos acertado.

Sin embargo, como ya ha sido apuntado, lo que distingue a esta edición son sus abundantes notas. Las Biblias necesitan notas, como nosotros necesitamos el sentido. O el sentido o la violencia. La Biblia es un libro presente siendo del pasado. Para que el libro bíblico sea texto y no pretexto necesita la protección. Y lo que protege a un texto, al final, es la filología, la historia, la tradición. Nuestras notas se dirigen al texto, no a la genética del texto. Quieren que el lector sea capaz de hacer hablar al texto de manera veraz. Por eso son de carácter filológico, de carácter histórico, pero quieren sobre todo testimoniar la tradición.

Los más de 2.500 folios manuscritos de comentarios tratan de explicar en primer lugar el sentido literal de los distintos libros y pasajes en el contexto que

fueron escritos y en el conjunto de la Biblia. A la vez recogen algunos ejemplos de cómo esos pasajes han sido interpretados en la rica tradición de la Iglesia, representada en los textos del Magisterio, especialmente el Catecismo de la Iglesia Católica, documentos conciliares y enseñanza de los últimos Papas, así como en la liturgia y en los escritos de los Padres de la Iglesia y de los santos. Se intenta que, mediante las cerca de esas 3.000 citas entresacadas de santos y autores espirituales, y de documentos de la Iglesia —que son ejemplo de cómo ha sido comprendido y actualizado el mensaje de la Escritura—, el lector se sienta estimulado a hacer su propia actualización. Se espera que cada persona que se acerque a la Biblia pueda descubrir el sentido espiritual del texto bíblico tal como ha sido comprendido en la tradición de la Iglesia; que le sea fácil ese encuentro con el Padre del cielo que sale amorosamente a hablar con él en esas páginas inspiradas<sup>3</sup>.

Por su parte, el texto latino de la Neovulgata, heredero de la Vulgata desde 1979, es patrimonio común de todos los cristianos. Manifiesta el respeto hacia la antigua tradición de la Iglesia y permite a aquellos lectores más cultos contrastar y matizar el texto latino —que traduce de manera extremadamente literal los originales y es más asequible que el texto hebreo o griego— con la traducción española que tiene delante. Las amplias introducciones permiten al lector situar cada libro en el conjunto de la Biblia, conocer su contenido, las circunstancias de composición, enseñanza y, en el caso del Antiguo Testamento, entender ese escrito a la luz del misterio Pascual de Cristo.

La presentación en 1976 del primer volumen del proyecto, recogiendo algunas de las ideas aquí expuestas, decía así: «Con el afán de satisfacer aquel deseo de nuestro Gran Canciller hemos trabajado, y presentamos ahora el primer volumen, abrigando la esperanza de que pueda cumplir la finalidad que le dio origen». Pienso que después de más de treinta años de haber recibido ese encargo podemos decir que, a pesar de nuestras limitaciones y deficiencias, hemos seguido siempre con esa esperanza. Confiamos que a través de estas 6.500 páginas de edición sean muchos los que conozcan mejor la Palabra de Dios y «el alcance universal del mensaje bíblico se reconozca ampliamente y su eficacia salvífica se manifieste por doquier»<sup>4</sup>.

Juan CHAPA  
Facultad de Teología  
Universidad de Navarra  
PAMPLONA

3. Cfr. CONC. VATICANO II, *Dei Verbum*, n. 21.

4. JUAN PABLO II, *Discurso a los miembros de la Pontificia Comisión Bíblica*, 23 de abril de 1993, n. 15.